

El Canto de los Delfines



Numero 2, 2016

Tierra foránea

Katia McEvoy-Holguín

Pasé mi vida bajo el cobijo de un bosque de cemento. Mi papá trabajaba en un pequeño negocio cerca de una popular heladería, y recuerdo claramente cómo me gustaba ir a visitarlo cada tarde después de clases. Recuerdo muy bien cómo me sentaba en su escritorio, justo enfrente de la entrada principal, y esperaba a que mi mamá pasara por mí. Jamás me imaginé salir de aquel mundo. Mi vida parecía estar sedimentada en promesas sólidas y no había nada que pudiera predecir la tormenta que se avecinaba y que terminaría por acabar con todo lo que mis papás habían cosechado a lo largo de su vida. Pero así fue, y el verano antes de mi primer año de preparatoria, me encontré en una tierra nueva y extranjera. Todo era distinto y desconocido. En ese preciso momento, yo no tenía idea del impacto que este cambio tendría en mí, pero hoy lo veo y esta narrativa atestigua lo que siento.

Cuando llegamos aquí, las únicas puertas que se nos abrieron fueron aquellas del campo. Antes de eso, mis papás jamás habían trabajado la tierra. Ambos se habían graduado de buenas universidades en México, las cuales les habían ayudado a construir una vida empresarial, desconectada de todo aquello que representa nuestras raíces autóctonas. Es aquí donde la magia comienza. Yo no niego la discriminación que existe en los Estados Unidos. Tampoco ignoro los problemas que mi comunidad enfrenta cada vez que la ignorancia alimenta el fuego del odio, impulsando a las personas a tomar medidas inhumanas. De hecho, hace poco supe que una de las patronas le retiraba el vaso de agua a mi mamá. Si ese vaso no estaba disponible, entonces mi mamá no podía tomar agua. Y aunque siento coraje e impotencia de este trato tan injusto, tampoco puedo negar que hay cosas buenas en el campo. Quizá una de las maravillas más grandes que he descubierto al vivir lejos de mi país es que la cultura se lleva en la sangre y hay algo implícito en nuestros genes que florece a través de la adversidad.

Mi papá nunca había sembrado, pero dentro de él habita la pasión de nuestros ancestros. En lugar de darse por vencido cuando el clima hacía su trabajo difícil, él llegaba a sentarse en la sala a leer y a aprender acerca de la cosecha. Varias noches se la pasaba en vela, investigando técnicas de cómo trabajar la tierra para que diera fruto, y fue con ese ímpetu que empezó a mejorar. Pronto, todos en el



campo lo conocían como “don Francisco.” Don es el honor más grande que se le puede otorgar a una persona, pues no solo denota el paso del tiempo sino también da a relucir respeto. La gente respeta a mi papá porque él respeta la tierra y al hacer esto, mi papá honra nuestro legado. Como hija, es difícil ver a mi familia trabajar tan duro por unos cuantos dólares, pero su esfuerzo me ha enseñado que la vida es como aquellos campos, pues muchas veces tenemos que empezar con un pedazo de tierra inerte e infértil. Antes de renacer, tenemos que entender nuestro pasado, pues así la cosecha del futuro es más abundante y rica. Si ignoramos nuestras raíces y nos desconectamos completamente de ellas, nos estamos perdiendo de un mundo lleno de cultura y sabiduría y aunque es posible que algo crezca, nunca se podrá comparar con la dicha de poder vivir en autenticidad.

Mi experiencia con la vida del campo es diferente a la de muchos pero hay algo que todos compartimos y eso es el deseo de salir adelante.

Sobre La Autora

Katia cursa su último año de psicología. Al graduarse, espera ejercer una carrera que le permita continuar con su viaje como escritora mientras ayuda a su comunidad. Mediante sus escritos, Katia intenta pintar un retrato de la comunidad hispana que sea no solo auténtico sino también razonable.

